

La serpiente de bronce: levantada para salvar

Del desierto de Números 21 a la noche de Nicodemo en Juan 3 · Todavía Existe Esperanza

En el desierto, un pueblo entero moría por las mordidas de serpientes venenosas. Y el remedio que Dios dio no fue una medicina ni un ritual complicado: fue mirar una serpiente de bronce levantada en un asta. Parece extraño, pero encierra uno de los mensajes más hermosos de la Biblia: siglos después, Yeshua mismo tomó esta escena para explicar su misión a un maestro de Israel.

Las serpientes ardientes

Israel caminaba rodeando la tierra de Edom, y el ánimo del pueblo decayó en el camino. Murmuraron contra Dios y contra Moisés, y llegaron a quejarse hasta del maná, el pan que Dios les daba cada día: «Nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano», dijeron (Números 21:5).

Entonces Dios envió sobre el pueblo serpientes ardientes, llamadas así por la quemazón que su veneno producía en el cuerpo. Mordían a la gente, y murió mucho pueblo de Israel (Números 21:6). El juicio no llegó para destruirlos, sino para despertarlos: a veces el dolor es el último recurso de Dios para que volvamos a mirar hacia arriba.

El remedio de bronce

El pueblo se arrepintió. Confesaron a Moisés: «Hemos pecado hablando contra Dios y contra ti; ruega que quite de nosotros estas serpientes». Y Moisés oró por el pueblo, intercediendo por los mismos que lo habían criticado (Números 21:7).

Dios respondió con una orden sorprendente: «Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre un asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá». Moisés hizo una serpiente de bronce, la puso sobre un asta, y todo el que la miraba, vivía (Números 21:8-9).

Fíjate en lo que Dios no hizo: no quitó las serpientes del desierto. Dio la cura en medio de ellas. Y la serpiente de bronce no era un amuleto con poder propio: lo que salvaba era mirar con fe y obedecer la palabra de Dios. Solo mirar... y vivir.

«Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado»

Siglos después, un maestro de Israel llamado Nicodemo vino a Yeshua de noche, buscando respuestas. Y en esa conversación, Yeshua reveló el significado profundo de aquella serpiente levantada en el desierto: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:14-15).

La conexión no es una ocurrencia nuestra: la hizo el propio Yeshua. Y justo después de esas palabras viene el versículo más amado de la Biblia: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). Él mismo lo confirmó en otra ocasión: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12:32).

Nehustán: cuando el símbolo se vuelve ídolo

Pero la historia tiene una advertencia. Con los siglos, aquella serpiente de bronce seguía en Israel, y el pueblo empezó a quemarle incienso, tratándola como un ídolo. Lo que Dios había dado como señal de vida se estaba convirtiendo en objeto de culto.

Entonces el rey Ezequías —el mismo del túnel de Jerusalén— actuó con valentía: hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque los hijos de Israel le quemaban incienso, y la llamó Nehustán (2 Reyes 18:4). Esto ocurrió hacia el año 700 a.C. Nehustán significa, en esencia, «un simple pedazo de bronce». La lección es clara: la fe nunca va puesta en el objeto, sino en Dios. Cuando el símbolo ocupa el lugar de Dios, deja de bendecir.

La invitación sigue en pie

Hoy la invitación sigue siendo la misma: mirar a Yeshua con fe. Como en el desierto, no se trata de rituales ni de objetos, sino de creer en aquel que fue levantado por nosotros. Aquella promesa —«de tal manera amó Dios al mundo»— nació justo al lado de la serpiente de bronce. Si hoy estás herido, cansado o lejos, alza la mirada: en Yeshua hay vida, y vida eterna.